

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

UNA HISTORIA DE
LACTANCIA
MATERNA PARA
ADULTOS

LA CLÍNICA DE NUTRICIÓN

COLIN MILTON

La Clínica de Nutrición

por
Colin Milton

Primera publicación: 2025

Derechos de autor © AB Discovery

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Título: La Clínica de Nutrición

Autor: Colin Milton

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2025

www.abdiscovery.com.au

ESTE LIBRO y todos los títulos de AB Discovery ahora
también están disponibles en audiolibro.

Lara Meadows, la directora ejecutiva de The Nurture Clinic, de cuarenta y cinco años, se hundió en el lujoso sillón giratorio de cuero color crema y se permitió un profundo suspiro de satisfacción.

Extendidos sobre el amplio escritorio de cristal que tenía delante, la agenda completa de citas y la hoja de cálculo de las cuentas anuales confirmaban que el negocio no sólo estaba en orden, sino que además iba viento en popa.

Sus labios de color rojo burdeos se extendieron en una amplia sonrisa de satisfacción mientras reflexionaba sobre el hecho de que éste era el décimo aniversario de The Nurture Clinic y que su éxito había superado sus sueños más locos.

La dirección de Harley Street, el personal dedicado, la clientela internacional, el premio de la industria a la excelencia: todo estaba muy lejos de sus humildes comienzos en el norte...

En aquel entonces era una lúgubre unidad de oficinas en un edificio de hormigón en las afueras del centro de la ciudad de Leeds.

Lara lo había conseguido a buen precio, en un alquiler semanal en efectivo, sin preguntas, porque el edificio iba a ser demolido para construir una nueva autopista. La ventaja para Lara fue que el anterior inquilino era quiropráctico, así que la oficina tenía la distribución perfecta: recepción, sala de tratamientos y baño con ducha, justo lo que había planeado para su clínica. También aprovechó al máximo el mobiliario que había destinado al contenedor: una camilla de masajes, un archivador, un escritorio con silla, un par de sillones, un teléfono y un hervidor eléctrico. Tras un par de días de duro trabajo y un litro de lejía, la clínica estaba lista para atender a su primer cliente.

Lara había vaciado su cuenta bancaria para reunir el dinero necesario para cubrir el alquiler del primer mes, junto con el encargo de un sitio web para promocionar sus servicios especiales y la colocación de un par de anuncios en las secciones de clasificados de publicaciones alternativas.

Se cargó a la tarjeta de crédito una chaise longue de cuero color crema hecha a medida. Una alcancía con monedas sueltas

proporcionó un paquete de té, un tarro de café, una bolsa de azúcar y un paquete de galletas digestivas para la recepción; no necesitaba un cartón de leche, ya que tenía suministro diario, disponible gratuitamente, directamente de la fuente. Finalmente, la compra de un paquete enorme de rollos de papel higiénico para el baño redujo el contenido de la caja chica a la miserable suma de trece peniques.

El único activo real que Lara tenía en ese momento, ya fuera en el ámbito laboral o en cualquier otro, eran sus pechos lactantes talla 36J. Sí, efectivamente, lo que Lara había considerado en la pubertad una maldición incómoda y vergonzosa, había crecido hasta alcanzar proporciones monumentales y sumamente deseables con el paso de los años, y había demostrado ser su mayor y mejor activo en la vida. Poco a poco, Lara se dio cuenta de que sus pechos eran su fortuna en más de un sentido. Con 1,75 metros y una talla 44 femenina, Lara se erguía alta y curvilínea, luciendo con orgullo el generoso regalo de la Madre Naturaleza, con el apoyo, por supuesto, de un robusto sostén.

Había que ver en carne y hueso estas maravillas de la naturaleza para creerlas: un par de pechos perfectamente formados y regordetes con espléndidas areolas y pezones erectos que llamaban la atención con cualquier atuendo. No solo eran voluminosos, sino también sensibles al más mínimo roce. Los orgasmatronas, como los había apodado cariñosamente.

"La materia de la que están hechos los sueños..." había pronunciado su primer amante, sacudiendo la cabeza con asombro, cuando ella abrió sus pechos sobre él.

Había desarrollado un apetito insaciable por sus pechos y los veneraba a cada oportunidad, día y noche. Y Lara disfrutaba que le acariciaran, besaran y lamieran los pechos, pero lo que realmente le encantaba era que le chuparan los pezones durante horas hasta que le dolían, de forma placentera y dolorosa. Una buena, larga y fuerte succión de sus pechos garantizaba un orgasmo alucinante para Lara, y a lo largo de los años, había habido muchísimos amantes de los pechos como él —o mamadores, como a ella le gustaba llamarlos—,

a todos los cuales había entrenado para satisfacer sus necesidades de lactancia.

El acto sexual de amamantar era como una droga para Lara. Era adicta. De hecho, en sus estudios, había aprendido que la lactancia materna era, en efecto, una droga: la hormona oxitocina. Esta hormona del amor se encontraba en el cerebro, los ovarios de las mujeres y los testículos de los hombres, y se liberaba durante el acto sexual, el parto y la lactancia.

Lara saboreaba y ejercía el poder de su voluptuosa teta que le había sido otorgado. Los hombres se sentían instintivamente atraídos por ella. Se volvían dóciles y sumisos en su presencia. Suplicaban ver sus pechos. Ansiaban un bocado de sus cálidas tetas. Había llegado a la conclusión de que el deseo por el pecho era una necesidad innata, desde la cuna hasta la tumba: el pecho era un placer universal y eterno, tanto maternal como sexual. Su experiencia personal se vio reforzada por su experiencia profesional; como enfermera de maternidad colegiada y consultora de lactancia certificada, era considerada una experta en el ámbito de la lactancia materna.

Lara, hija de una habilidad natural y de conocimientos médicos, poseía un talento especial: podía inducir la lactancia.

En el hospital de maternidad, ayudó a inducir la lactancia a las madres que tenían dificultades para producir leche materna para sus recién nacidos, y también a las madres adoptivas de bebés recién nacidos.

en realidad no era necesario un embarazo ni un bebé para que una mujer lactara y amamantara. Solo se requería el deseo, el compromiso y el estímulo para hacerlo.

El *modus operandi* de Lara era multidisciplinario: una combinación de métodos psicológicos, fisiológicos y farmacológicos. En el programa de inducción de la lactancia que desarrolló, utilizó tratamientos de hipnosis, estimulación manual, bomba de lactancia mecánica, medicamentos recetados y suplementos herbales.

La clave fundamental del éxito de la lactancia inducida fue la estimulación constante a largo plazo mediante métodos manuales y

mecánicos. De hecho, fue esta férrea determinación, una rutina constante y un sacaleches de calidad hospitalaria lo que permitió a Lara lactar en seis semanas, en su primer intento a los veintiséis años. Y tan solo un mes después, producía suficiente leche materna para satisfacer las necesidades diarias de un bebé o, según sus peculiares preferencias, suficiente para satisfacer el apetito de un hombre adulto en una sola sesión de lactancia.

Lara siempre había sido una mujer segura e independiente, en cuerpo, mente y espíritu. Se preocupaba por las muchas personas que amaban la lactancia materna en su vida, pero no tenía ningún interés en sentar cabeza, casarse y tener hijos, como tantas amigas de su edad. No, Lara tenía un plan radicalmente diferente para su futuro: se veía como una pionera. Tenía la profunda convicción de que su vocación en la vida era ser defensora y practicante de la lactancia materna de por vida: la lactancia materna de adultos para la salud mental, física y sexual tanto de la madre como del lactante.

Para Lara era evidente que la lactancia materna era una experiencia de conexión física y psicológica como ninguna otra interacción humana, pero también tenía beneficios inherentes para la salud. Como la leche materna contenía grasas, proteínas, carbohidratos, vitaminas, minerales y oligoelementos, además de anticuerpos y antitoxinas, Lara la consideraba el bocado más nutritivo que se podía recibir en la vida. De hecho, Lara estaba tan convencida de los beneficios de la leche materna para la salud que consumía la suya con regularidad, generalmente extraída con un sacaleches, pero también amamantaba de su propio pecho con regularidad; sabía bien y se sentía bien. Además, se aplicaba leche materna en la piel como un eficaz limpiador e hidratante, y también como ungüento. En resumen, Lara creía que la leche materna era un regalo divino de la Madre Naturaleza. Según su filosofía, la leche materna era el elixir de la vida para toda la vida.

En la flor de la vida, a los treinta y cinco años, Lara sintió que era el momento adecuado para combinar su experiencia personal y profesional y fundar The Nurture Clinic. Eligió el nombre como una discreta referencia a la lactancia materna: la palabra "nurture"

La Clínica de Nutrición

proviene del latín " nutritura ", que significa "dar de mamar" o "alimentar".

Lara había tomado una licencia sin goce de sueldo de tres meses de su puesto en el ala de maternidad del Hospital General de Leeds para establecer la clínica, lo que consideró un plazo adecuado para evaluar si su propuesta podría ser o no un negocio viable.

Su objetivo era brindar un servicio profesional de lactancia materna para la alimentación, el bienestar y el placer de la población adulta. Inicialmente, lo haría sola, pero su meta a largo plazo era contar con un equipo de madres lactantes e impartir cursos de educación y capacitación para promover la lactancia materna de por vida.

A los pocos meses de abrir The Nurture Clinic, Lara se vio desbordada por las respuestas por correo postal, correo electrónico y teléfono. Tuvo que contratar a una recepcionista, y luego a una amiga que amamanta, y luego a otra, y luego a otra para ayudarla a satisfacer la demanda del servicio de lactancia materna para adultos. Con esta rotación de cuatro amamantantes , la clínica había estado abierta para citas en horarios alternos de 9:00 a 17:00, de lunes a viernes, pero aun así, la lista de espera crecía día a día.

Cuando la excavadora finalmente llegó al carbunco de hormigón, The Nurture Clinic ya había celebrado su primer aniversario y se había mudado a unas instalaciones más grandes y mejores.

En un año, el horario de la clínica se amplió aún más, abriendo de 9:00 a 20:00, de lunes a sábado, con servicio a domicilio o a hoteles para clientas de confianza. A medida que Lara se involucraba cada vez más en la administración de la clínica, para mantener una producción óptima de leche materna, empezó a extraerse leche con un dispositivo a medida que permanecía conectado durante todo el día mientras trabajaba en su escritorio.

Su leche materna extraída se embotellaba y se ponía a la venta en recepción o mediante un servicio de entrega a domicilio, al igual que la leche materna extraída de las demás madres lactantes de la casa . En el tercer año, añadió batidos y helados a su oferta.

La Clínica de Nutrición

Ahora, sentada en la oficina de Harley Street en el décimo aniversario de The Nurture Clinic, Lara recordó la llegada de su primer cliente como si fuera ayer...

Claro que ese día había estado ansiosa, como era normal en cualquier nueva aventura, sobre todo en una tan íntima como la lactancia. Pero Lara estaba segura de sus habilidades para amamantar y, si acaso, sentía que sus pechos estaban más pesados y sus pezones más sensibles de lo habitual esa mañana, como anticipando la tarea que les aguardaba. Y en cuanto sonó el intercomunicador, sus pezones empezaron a supurar. Lara nunca había estado tan preparada para amamantar.

El 'Señor Smith' había llegado puntual a su cita del lunes a mediodía; elegantemente vestido con traje y corbata, discretamente educado, sonrojado e inquieto por la excitación nerviosa.

Sentados en la recepción, durante los preliminares, Lara había notado que su mirada permanecía constantemente baja en reverencia a su pecho. Con una palmadita en el trasero, lo dirigió al baño con instrucciones estrictas de desnudarse, ducharse, cepillarse los dientes y luego hacer gárgaras con el enjuague bucal antiséptico. Diez minutos después, lo tomó de la mano y lo condujo a la sala de tratamientos. Estaba desnudo, salvo por los grandes pantalones de plástico transparente que lo esperaban al salir de la ducha.

Lara le había indicado que subiera a la mesa de exploración y se acostara boca arriba. Luego se colocó junto a su cabecera, en lo alto de la mesa. Mirándolo, abrió en silencio la blusa azul marino de la túnica de lactancia para revelar un robusto sostén de encaje blanco con copas con presillas. Lara desabrochó cada copa una por una y dejó al descubierto sus magníficos pechos.

La materia de la que están hechos los sueños...

El señor Smith se quedó boquiabierto ante la magnífica visión de los pechos de Lara suspendidos directamente sobre su rostro.

“Quiero que me observes y me escuches con mucha atención”, le dijo. “Puedes mirar, pero no puedes tocar a menos que yo te lo diga. ¿Entiendes?”

—Sí, señorita Meadows —respondió sin aliento—. Mira, pero no toques.

—Así es. Yo mando, y tú haz lo que te digo. —Los pezones de Lara se habían endurecido mientras ejercía su poder mamario sobre él.

“Sí, señorita.”

Ella notó que mientras lo menospreciaba, su pequeño pene también se ponía rígido.

Sonriéndole, balanceó suavemente sus pechos colgantes sobre su rostro. Sus ojos imitaron el movimiento de sus pezones, de un lado a otro. Literalmente, no podía apartar la vista de ellos.

—El pecho te hipnotiza, ¿verdad? —Sí, señorita.

—El pecho te controla, ¿verdad? —Sí, señorita.

“Estás desesperada por tocar el pecho, ¿no?”

“Sí, señorita.”

—Pero aún no puedes tocarlo, ¿verdad?

“No, señorita.”

“Es un buen chico.”

Luego bajó los pechos de modo que sus pezones se balanceaban a pocos centímetros de su rostro. Una gota de leche goteó sobre su mejilla. Su pene se estremeció de excitación. Lara extendió la mano y le tocó la erección envuelta en plástico. Él jadeó como un cachorrito.

“No puedes ocultar nada con esos pantalones transparentes”, le dijo en tono burlón.

“Sí, señorita.”

“Ahora voy a explicarte cómo agarrar el pezón”.

Él tragó saliva. ‘Para poder agarrar el pezón, debes inclinar la cabeza ligeramente hacia atrás y abrir bien la boca, así’.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, abrió bien la boca y colocó la lengua para demostrarlo.

Y luego, con la lengua debajo del pezón, tomas un buen bocado del pecho. El pezón va directo al fondo de la boca.

“Sí, señorita.”

“Muéstrame cómo te agarras”.

Él copió lo que ella había descrito.

—Buen chico —lo elogió—. Ahora, mantén la boca así. Y respira por la nariz.

Se había recolocado a un lado de la mesa. Y, con la mano ahuecando su pecho derecho, bajó el pezón regordete hasta su boca ansiosa y abierta.

“Ahora tómallo tan profundo como puedas”, ordenó.

El pezón entró en su boca y lo recogió con la lengua, tal como ella le había indicado. Su rostro había desaparecido bajo el montículo de su pecho, pero ella sintió su respiración acelerada sobre la piel.

“Ahora bien, es el movimiento de la lengua debajo del pezón lo que estimula la bajada de la leche, así que lame como un gatito para obtener la leche”.

Había lamido la base del pezón con movimientos largos y húmedos.

En el momento en que él se prendió del pezón, ella sintió el hormigueo de la leche tibia que descendía sobre él. En menos de un minuto, él estaba succionando y gimiendo de placer.

—¡Oh! ¿Qué bonito? —Sonrió divertida.

Él murmuró que sí. «Para ya», ordenó ella. «Y abre la boca».

Logró chupar una gota más de dulce leche antes de obedecer a regañadientes. Ella le quitó el pezón de la boca y le quitó el pecho. Estaba desanimado.

No te preocupes, mamadora. Hay más por venir. Nos vamos al sofá de lactancia. Estaremos más cómodas allí.

Tomándolo de la mano, lo condujo hasta la lujosa tumbona de cuero color crema. Se acomodó y le hizo un gesto para que se uniera a ella.

“Quiero que te acuestes aquí, con tu cabeza en mi regazo”.

Él se había acomodado cuidadosamente en el sofá con la cara hacia sus pechos, y ella le acunó la cabeza con el brazo. «Ahora es el momento de tocar», dijo. «Dame las manos».

Ella tomó sus manos y puso una sobre cada pecho. «Siente mis pechos», le dijo. «Juega con ellos».

La Clínica de Nutrición

Con manos temblorosas, exploró con cautela los magníficos pechos 36J de Lara. Primero acarició la piel blanca como la leche. Luego, ahuecó el peso de los senos en sus manos. Trazó la oscura areola con la punta del dedo. Finalmente, se armó de valor para apretar los pezones erectos, que soltaron gotas de leche en su mano. Y mientras tocaba los pechos, su pene erecto se había apretado y tensado en el confinamiento de los pantalones de plástico.

Lara había consentido sus torpes caricias, pero sus pechos estaban repletos de leche y ansiaban liberarla. "Agárrate", ordenó. Él se aferró inmediatamente al pecho derecho. "Amasa el pecho así", dijo, mientras le demostraba con la mano el pecho izquierdo. "Pídele leche al pecho, con la mano".

Había amasado con desesperación el suave pecho y succionado con avidez el pezón regordete. Y, como un grifo al abrirse, el pecho había liberado su elixir lechoso. Goteaba y luego se derramaba en su boca. Goteaba de sus labios y se derramaba sobre su barbilla. «Qué buen chico», lo elogió. «Mama como un bebé».

Y así como la leche materna fluía del pezón de Lara, el semen salpicaba del pene agrandado, pero aún insignificante, de Smith. "Listo, listo", susurró, sonriendo.

Había sido demasiado prematuro para el gusto de Lara, pero típico de una adulta virgen que amamanta. Se prendió bien, pero le faltaba resistencia. Ella le enseñaría a controlar su ritmo, como les había enseñado a todas sus amantes del pecho.

Después, con sus pegajosos pantalones de plástico, yacía somnoliento en sus brazos, con el rostro sonrojado entre sus cálidos pechos. Smith salió de la Clínica Nuture ese día con el dulce sabor a leche materna en la boca y su hombría vaciada. Sintió una renovada sensación de calma y satisfacción. Ya había reservado su próxima cita en la Clínica Nuture para la semana siguiente.

Cuando Lara Meadows finalmente cesó sus recuerdos y volvió a concentrarse en sus papeles, notó que sus pezones estaban goteando nuevamente leche, que había empapado su sostén y manchado su blusa.

La Clínica de Nutrición

Estaba tan concentrada en el trabajo administrativo que no tuvo tiempo esa tarde para extraerse leche materna con el extractor de leche registrado de The Nurture Clinic, de ahí la leche derramada.

Negó con la cabeza, ligeramente irritada, mientras se secaba con un pañuelo de papel las marcas de humedad de su blusa. Decidió al instante que esa noche se regalaría dos de sus chupetes favoritos. Los llamaría para que la acompañaran en casa, en el jacuzzi, para una larga, lenta y apasionada sesión de lactancia. Un chupete a la vez ya no era suficiente para saciar su voraz apetito por la lactancia.

Si te ha gustado algún cuento corto, visita www.abdiscovery.com.au para encontrar cientos de otros cuentos en formato corto, mediano y completo.